

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LXI

MADRID, 28 DE ENERO DE 1934

NÚMERO 4



LA ARDILLA Y LA URRACA

Nos gustan tanto las ardillas porque son unos animales tan bonitos y graciosos, que no nos fijamos en el lado oscuro de su carácter; pero, a decir verdad, no se puede negar que nuestro favorito es un pillo re-

domado que ha robado más de una vez y, desgraciadamente, también tiene sobre su conciencia muchos asesinatos. En cambio, la urraca nos infunde muy poco respeto, unánimemente se la condena como un pirata.

La urraca, en efecto, es un ladrón profesional que se goza en hurtar, robar y matar, y, gracias a su atrevimiento, destreza y astucia, lo hace con mucho éxito. Hurtar como una urraca ha llegado a ser un refrán. Nuestro grabado representa a la urraca, más bien como asesino que como ladrón, en el mismo momento de ejecutar una de sus más atrevidas fechorías. Aquí no se las tiene que haber con un pájaro débil e indefenso, sino con la lista ardilla que no tiene ningún reparo en derramar sangre, y cuyo valor, cuando la vida de sus hijos está en peligro, no es nada despreciable. Pero aún en semejante ocasión la urraca muchas veces sale vencedora por astucia, sino por fuerza.

Es un espléndido día de verano. Las pequeñas ardillas deben salir de su nido. El sol entra por la puerta y no se mueve una hoja. Pero los diminutos animales se han encariñado demasiado con su blanda cuna y aún no han aprendido a fiarse de sus propias fuerzas. Cariñosamente el padre los anima; su mamá ayuda a los hijitos a ponerse sobre sus patas, empujando poco a poco a las tímidas criaturas hacia la abertura. Un salto valiente, y las lindas ardillitas están sentadas en el borde del nido. Sus padres procuran quitarles el miedo, mientras saltan alegres de un lado a otro, enseñándoles que no hay peligro en dar un buen salto y que sólo se necesita valor. Al principio no se separan mucho de su morada, y eso está bien, pues precisan del cuidado de sus padres. Pero, ¿qué es eso? Un grito agudo y ronco; todos los pajaritos y animalitos lo conocen y temen. Volando, sobre la punta de esa encina, la urraca, con su vista perpicaz, ha expiado las ardillitas; y ya se lanza sobre su campo de juego, junto al nido acogedor.

Los padres apenas se han repuesto del terror de esta súbita sorpresa, cuando ya el atrevido pájaro ha agarrado a uno de sus hijos, hiriéndolo con su agudo pico y sujetándolo con su garra. Pero ahora, ladrón del nido, ¡preparate a luchar! Ambos, pa-

dre y madre corren al ataque, pues hay que salvar a su hijito.

El pájaro permanece en su puesto; las ardillas, enfurecidas, se lanzan sobre él; pero en ese momento el artero ladrón consigue escapar, aunque soltando la presa, que cae al suelo. Horrorizados por la escena que acaba de ocurrir, las pequeñas ardillas todas han huído hacia su nido, los padres cuentan las cabezas de sus pequeñuelos, y mientras la urraca salta hacia el pie de aquel árbol, donde había dejado caer el cuerpo aun caliente de su víctima, vuela con ella a su nido, donde divide la presa; en pocos minutos han desaparecido todos los restos. No sólo pequeñas ardillas caen víctimas de este descarado pájaro, le importa muy poco llevarse un patito, aunque esté al mismo lado de su madre.

El carácter ladrón de la urraca es bien conocido, tiene especial afición a todo lo que brilla y reluce. ¡Cuántas personas inocentes han sido inculpadas y aun castigadas por los robos que ella había cometido! Recordamos un caso que costó la vida a una pobre sirvienta. Varias cucharitas de plata habían desaparecido del cuarto de su amo, y como sólo la criada había estado en aquella habitación, sobre ella, naturalmente, recayó la sospecha. Para probar su honradez se pusieron muchos objetos de valor en ese cuarto, y al desaparecer éstos también, fué juzgada por un tribunal y condenada a muerte. —castigo que en aquellos severos tiempos se imponía al ladrón—. Poco después su amo, que era fundidor de campanas, hubo de trabajar en la torre de la iglesia, y con gran sorpresa allí encontró todas las cucharitas y demás objetos; una urraca, que él había amaestrado de pequeña, y que hace mucho tiempo se había escapado, se los había llevado allí. Hizo que a sus expensas se dijera una misa en esa misma iglesia para satisfacer por la muerte de la inocente muchacha, según cuenta la historia, y a ella asistían todas las jóvenes del pueblo. La llamaron la "misa de la urraca".

EL CARVET

(Conclusión)

Germán, empujado por una negra, se encontró al lado de aquel desgraciado, que rápidamente le cogió su mano y, estrechándola dejó en ella un objeto extraño. Una profunda mirada del negro le hizo comprender que guardase aquello y descifrarse su enigma. Se retiró el capitán y abrió el paquetito, que estaba envuelto en un pedazo de percal blanco, en el que había signos bastante raros, escritos con un líquido rojo que debía ser sangre. Pero la sorpresa estaba dentro, era un collar de granitos encamados sumamente pequeños. Levantó su vista Germán y se encontró con la vieja negra que le había empujado un momento antes; ésta tenía sus ojos muy brillantes y, casi sollozando, le dijo:

—El es el Massa (señor) de un país lejano y su piconny (su hijo) lo tiene Zara.

Dicho esto echó a correr, y Germán no la siguió más. Se encontró solo con aquel talismán sin saber qué hacer de él. No quiso confiar su secreto a nadie y sólo deseaba encontrar a Zara, la mujer del negro que murió en el hospital, para preguntarle el significado de aquello.

Por fin encontró a Adán, negro fuerte de la plantación, y le pidió que le llavase a dar un paseo por el mar en su barquilla. Una vez que se alejaron algo de la costa, Germán mostró a Adán su paquetito, y al empezar a desenvolverlo, el negro dió un grito y se postró de rodillas.

—Lee—dijo Germán—y dime lo que esto significa.

El negro con gran respeto leyó: "Adiós, salvad a mi piconny (niño) en el Carvet del hoy y dadle a él la prenda." Esto es lo que estaba escrito con sangre en la tela. El negro explicó:

—El que le dió a usted esto era el rey del Carvet y deja a su hijo allí, el cual para go-

bernar necesita poseer esta joya antiquísima, que ha ido de un rey a otro como emblema de su majestad y mando. Si esto se pierde, desaparecen nuestros reyes y ya nadie podrá gobernarnos, seremos un pueblo deshecho, más aun de lo que hoy somos.

El capitán pidió que le explicase qué era el Carvet, a lo que el negro contestó con sumo gusto:

—El Carvet es un trozo de terreno nuestro, en donde nos consideramos libres, está en el centro de un bosque, y para llegar a él es necesario mucho valor, pues muchos mueren en el camino; unos, comidos por las fieras; otros, por causa del frío, y la mayor parte, porque se pierden y ya no encuentran sustento, pues hay trozos en los que no se ve una planta; todo son rocas lisas. Cuando algún negro se escapa de su plantación huye hacia el Carvet, y si logra llegar allí, ya es libre y sólo debe obediencia a nuestro rey. Ahora no tenemos rey, le mataron los soldados americanos como usted sabe. Nunca llegó al Carvet un blanco, por esto están tranquilos, saben que los soldados no pueden ni saben llegar hasta allí.

Germán dijo que él no tenía nada y deseaba que le llevase inmediatamente al Carvet para dar aquel paquetito a Zara. El negro se puso a sus órdenes, y después de dos largos días entre peñas y precipios llegaron a un sitio en el que ya se veían huellas humanas, había que pasar primero una tribu y después se encontraban frente a los guardias negros. Estos, al ver la misión que traían, los condujeron inmediatamente a la choza real, donde estaba Zara con los dos niños, que ya conocéis.

Un mensajero fué a dar la noticia a las tropas de negros y salieron todos los soldados formados, llevando en medio a su pequeño rey, que antes no lo era por no poseer

el signo de su mando. Después de grandes ceremonias le pusieron el collar que llevó Germán y fué aclamado rey por todos. A Germán le pidieron que se quedase allí unos días con ellos, él accedió gustoso. Gracias a Germán pudieron tener rey en aquel imaginario reino, pues ya veían que se tendrían que separar todos si no aparecían las insignias reales, pues en este caso nadie podría gobernar. Transcurridos tres días, Germán volvió con Adán a la plantación, y más tarde a su ciudad, donde siempre recordó con emoción estos hechos de la historia de los negros.

M. POOL.

ADIVINAD ESTA HISTORIA EN EL LIBRO DE LOS HECHOS

Había una vez dos misioneros que fueron predicando el Evangelio de ciudad en ciudad. Al llegar a cierta ciudad vieron a una muchacha que estaba poseída de demonio. Esta muchacha adivinaba la suerte, y así ganaba mucho dinero para su amo. La muchacha seguía a los misioneros dando gritos y no los dejaba en paz; entonces uno de los misioneros mandó al demonio a que saliese de la muchacha.

Esto puso a los amos de la muchacha tan bravos, que cogieron a los misioneros y los llevaron a presencia de los magistrados, con tanto escándalo, que los magistrados, molestos, mandaron que azotaran a los misioneros y los pusieran en la cárcel.

A media noche los misioneros oraban y cantaban himnos de modo que los otros prisioneros podían oírles. Entonces fué hecho de repente un gran terremoto, de tal manera, que los cimientos de la cárcel se mo-

vían, y todas las puertas se abrieron. El carcelero se despertó, y cuando vió lo que había pasado, se aterrorizó pensando que los prisioneros se habían escapado. Entonces, sacando su espada, iba a matarse, cuando uno de los prisioneros le gritó: "No te hagas ningún mal, que todos estamos aquí."

El carcelero corrió entonces hacia los misioneros y, temblando, les preguntó ¿qué es menester que yo haga para ser salvo? Los misioneros le dijeron lo que tenía que hacer para salvarse. El carcelero obedeció, y él con toda su casa fueron salvos.

¿Quiénes eran los misioneros?

¿En qué ciudad pasó este hecho?

¿Qué le dijeron los misioneros al carcelero que era menester hacer para ser salvo?

CHISTES

En un examen:

—¿Cuál es el animal que tiene la carne más sabrosa?

—El buey.

—¿Cuál es el animal que provee a usted de alimento y de calzado?

—Mi padre.

* * *

Preguntaron a una señora que iba por la calle en compañía de sus dos hijos:

—¿Qué edad tienen estos niños?

—Seis años; son gemelos.

—¿Y en dónde nacieron?

—El uno en Madrid y el otro en Cádiz.

* * *

Entre amigos:

—¡Qué alfiler de corbata tan bonito! ¿Es de malaquita?

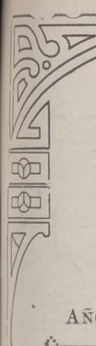
—No; es mío;

José ESTEVEZ,

Alumno de la Escuela Evangélica
de Córdoba.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60 Madrid.



AÑ
Nuestro
primeras
delante
gados. L
bezas, p
han tira
Son p
de unos



hículos i
han son
de sus
traqueteo
los caball
Tres r
tera del l
último ca